

ELLEN G. WHITE ESTATE



THE SUFFERINGS OF CHRIST

ELLEN G. WHITE

Traducido por software

Los sufrimientos de Cristo

Ellen G. White

1869

**Copyright © 2018
Ellen G. White Estate, Inc.**

Información sobre este libro

Resumen

Este libro electrónico ha sido proporcionado por el Patrimonio de [Ellen G. White](#). Está incluido en la amplia colección de [libros gratuitos en línea](#) del sitio web del Patrimonio de Elena G. de White.

Sobre el autor

Ellen G. White (1827-1915) está considerada la autora estadounidense más traducida, ya que sus obras se han publicado en más de 160 idiomas. Escribió más de 100.000 páginas sobre una gran variedad de temas espirituales y prácticos. Guiada por el Espíritu Santo, exaltó a Jesús y señaló las Escrituras como base de la fe.

Otros enlaces

[Breve biografía de Ellen G. White Sobre el patrimonio de Ellen G. White](#)

Acuerdo de licencia de usuario final

La visualización, impresión o descarga de este libro le otorga únicamente una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para su uso personal. Esta licencia no permite la reedición, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de obras derivadas o cualquier otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro pone fin a la licencia concedida por el presente documento.

Más información

Si desea más información sobre la autora, los editores o cómo puede apoyar este servicio, póngase en contacto con el Patrimonio de Ellen G. White en mail@whiteestate.org. Agradecemos su interés y sus comentarios y le deseamos la bendición de Dios mientras lee.

Contenido

Información sobre este Libro	i
Los sufrimientos de Cristo	4

Los sufrimientos de Cristo

"Dios es amor". Su amor manifestado hacia el hombre caído, en el don de su Hijo amado, asombró a los santos ángeles. "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". El Hijo era el resplandor de la gloria del Padre y la imagen expresa de su persona. Poseía la excelencia y la grandeza divinas. Era igual a Dios. Al Padre le agradó que en él habitara toda la plenitud. Él "no consideró un robo ser igual a Dios". Sin embargo, "se despojó a sí mismo de su reputación, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Y hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz."

Para comprender más plenamente el valor de la salvación, es necesario entender lo que costó. Como consecuencia de una visión limitada de los sufrimientos del divino Hijo de Dios, muchos estiman poco la gran obra de la expiación.

Cristo consintió en morir en lugar del hombre, para que éste, mediante una vida de obediencia, pudiera escapar de la pena de la ley de Dios. Su muerte no mató la ley, ni disminuyó sus santas pretensiones, ni restó su sagrada dignidad. La muerte de Cristo proclamó la justicia de la ley de su Padre al castigar al transgresor, ya que consintió en sufrir él mismo la pena de la ley para salvar al hombre caído de su maldición. La muerte del Hijo amado de Dios en la cruz muestra la inmutabilidad de la ley. Su muerte engrandeció la ley y la hizo honorable, y dio evidencia al hombre de su carácter inmutable. De sus propios labios divinos se oye: "No penséis que he venido a destruir la ley".

[2] En Cristo se unió lo humano y lo divino. Su misión era reconciliar a Dios con el hombre y al hombre con Dios. Su obra fue unir lo finito con lo infinito. Este era el único modo en que los hombres caídos podían ser exaltados por los méritos de la sangre de Cristo, para ser partícipes de la naturaleza divina. El hecho de tomar la naturaleza humana, le permitió a Cristo comprender la naturaleza de las pruebas del hombre, y todas las

tentaciones con las que se ve acosado. Los ángeles, que no conocían el pecado, no podían simpatizar con el hombre en sus pruebas peculiares. Cristo condescendió a tomar la naturaleza del hombre, para saber cómo socorrer a todos los que fueran tentados.

Cuando lo humano se le echó encima, sintió la necesidad de la fuerza de su Padre. Tenía lugares selectos de oración. Amaba la soledad de la montaña para mantener la comunión con su Padre del Cielo. En este ejercicio se fortalecía para los deberes y las pruebas del día. Nuestro Salvador se identifica con nuestras necesidades y debilidades, en el sentido de que se convirtió en un suplicante, en un peticionario nocturno, que buscaba de su Padre nuevos suministros de fuerza, para salir vigorizado y refrescado, preparado para el deber y la prueba. Él es nuestro ejemplo en todo. Es hermano de nuestras debilidades, pero no posee las mismas pasiones. Como sin pecado, su naturaleza retrocedió ante el mal. Soportó las luchas y las torturas del alma en un mundo de pecado. Su humanidad hizo de la oración una necesidad y un privilegio. Necesitaba todo el apoyo y el consuelo divino que su Padre estaba dispuesto a dar a su Hijo. Cristo encontró consuelo y alegría en la comunión con su Padre. Allí podía desahogar las penas que le aplastaban. Era un varón de dolores y estaba familiarizado con el dolor.

Durante todo el día se esforzó por salvar a los hombres de la destrucción. Curó a los enfermos, consoló a los que estaban de luto y dio alegría y esperanza a los desesperados. Llevó a los muertos a vida. Cuando terminaba su trabajo del día, salía, tarde tras tarde, lejos de la confusión de la ciudad, y su forma se inclinaba en algún lugar retirado, en súplica a su Padre. A veces los rayos de la luna brillaban sobre su forma inclinada. Y luego, las nubes y la oscuridad le cerraban el paso a la luz. El rocío y la escarcha de la noche se posaban sobre su cabeza y su barba mientras estaba en actitud suplicante. A menudo continuaba sus peticiones durante toda la noche. Si el Salvador de los hombres, con su fuerza divina, sintió la necesidad de la oración, ¿cuánto más los débiles y pecadores mortales deberían sentir la necesidad de la oración, de la oración ferviente y constante? Mientras el Hijo de Dios, en el huerto de Getsemaní, se inclinaba en actitud de oración, la agonía de su espíritu hacía brotar de sus poros un sudor como grandes gotas de sangre. Fue aquí donde le rodeó el horror de una gran oscuridad. Los pecados del mundo estaban sobre él. Sufría en lugar del hombre como transgresor de la ley de su Padre. Aquí estaba la escena de la tentación.

La luz divina de Dios se alejaba de su visión, y pasaba a manos de los poderes de las tinieblas. En la agonía de su alma-angustiosa, yacía postrado en la fría tierra. Se daba cuenta del ceño fruncido de su Padre. Cristo había tomado la copa del sufrimiento de los labios del hombre culpable, y se propuso beberla él mismo, y en su lugar dar al hombre una copa de bendición. La ira que habría caído sobre el hombre, caía ahora sobre Cristo. Fue aquí donde la misteriosa copa tembló en su mano.

[4] Jesús había recurrido a menudo a Getsemaní con sus discípulos para meditar y orar. Todos conocían bien su retiro sagrado. Incluso Judas sabía a dónde llevar a la multitud asesina para entregar a Jesús en sus manos. Nunca antes el Salvador había visitado el lugar con el corazón tan lleno de dolor. No fue el sufrimiento corporal lo que el Hijo de Dios rehuyó, y lo que arrancó de sus labios, en presencia de sus discípulos, estas dolientes palabras: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte". "Quedaos aquí", dijo, "y velad conmigo".

Se alejó un poco de sus discípulos, dejándolos al alcance de la vista, y se postró sobre su rostro, y oró. "Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa; pero no como yo quiero, sino como tú quieres". Los pecados del mundo perdido estaban sobre él, lo abrumaban. Fue la sensación del ceño fruncido de su Padre, como consecuencia del pecado, lo que desgarró el corazón del Hijo de Dios con tan punzante agonía, y obligó a que las grandes gotas de sangre de su frente bajaran por sus pálidas mejillas.

Se levantó de su posición postrada, se acercó a sus discípulos y los encontró dormidos. Dijo a Pedro: "¿Qué, no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil". En el momento más importante, los discípulos fueron encontrados durmiendo; en el momento en que Jesús les había pedido especialmente que velaran con él. Él sabía que ante sus discípulos se presentaban graves conflictos y terribles tentaciones. Los llevó con él para que le sirvieran de fortaleza y para que los acontecimientos que presenciaron esa noche y las lecciones de instrucción que recibieran quedaran impresas de manera indeleble en su memoria. Esto era necesario, para que su fe no decayera, sino que se fortaleciera para la prueba que tenían ante sí.

[5] Pero en lugar de velar con Cristo, se agotaban en la pena y se dormían. Incluso el ardiente Pedro estaba dormido, quien, sólo

unas horas antes, había declarado que sufriría y, si era necesario, moriría por su Señor. En el momento más crítico, cuando el Hijo de Dios necesitaba su simpatía y sus sinceras oraciones, se encontraron dormidos. Perdieron mucho por estar dormidos. Nuestro Salvador quiso fortificarlos para la severa prueba de su fe a la que pronto serían sometidos. Si hubiesen pasado el triste período velando con el querido Salvador y orando a Dios, Pedro no habría sido abandonado a sus débiles fuerzas para negar a su Señor.

El Hijo de Dios se fue por segunda vez y oró diciendo: "Padre mío, si esta copa no pasa de mí si no la bebo, hágase tu voluntad". Y de nuevo vino a sus discípulos, y los encontró durmiendo. Los ojos de ellos estaban cargados.

El Salvador se apartó por segunda vez, con tristeza, de sus discípulos dormidos, y oró por tercera vez diciendo las mismas palabras. Luego se acercó a ellos y les dijo: "Dormid ya y descansad. He aquí que se acerca la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores". Qué crueldad la de los discípulos al permitir que el sueño cerrara sus ojos y que el sopor encadenara sus sentidos, mientras su divino Señor soportaba tan inexpresable angustia mental. Si hubieran permanecido velando, no habrían perdido la fe al contemplar al Hijo de Dios muriendo en la cruz. Esta importante vigilancia nocturna debería haber sido señalada por nobles luchas mentales y oraciones, que les habrían aportado fuerza para presenciar la indecible agonía del Hijo de Dios. Los habría preparado, al contemplar sus sufrimientos en la cruz, para comprender algo de la naturaleza de la angustia abrumadora que soportó en el huerto de Getsemaní. Y habrían podido recordar mejor las palabras que les había dicho en referencia a sus sufrimientos, su muerte y su resurrección, y en medio de la penumbra de aquella hora terrible y difícil, algunos rayos de esperanza habrían iluminado la oscuridad y sostenido su fe. Él les había dicho antes que estas cosas tendrían lugar; pero ellos no lo entendieron. El escenario de los sufrimientos de Cristo iba a ser una prueba de fuego para sus discípulos, de ahí la necesidad de vigilancia y oración. Su fe debía ser sostenida por una fuerza invisible, ya que debían experimentar el triunfo de los poderes de las tinieblas.

No podemos tener más que débiles conceptos de la inexpresable angustia [6] del querido Hijo de Dios en Gestemaní cuando se dio cuenta de la separación de su Padre como consecuencia de soportar el pecado del hombre. Se convirtió en pecado por

la raza caída. El sentido de la retirada del amor de su Padre hizo brotar de su alma angustiada estas palabras: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte". "Si es posible, que pase de mí este cáliz". Luego, con entera sumisión a la voluntad de su Padre, añade: "Sin embargo, no sea como yo quiera, sino como tú quieras".

El divino Hijo de Dios estaba desmayado, moribundo. El Padre envió un mensajero desde su presencia para fortalecer al divino sufriente, y prepararlo para recorrer su camino manchado de sangre. Si los mortales pudieran ver el asombro y la tristeza de los ángeles mientras observaban con silencioso dolor cómo el Padre separaba sus rayos de luz, amor y gloria, de su Hijo, comprenderían mejor cuán ofensivo es el pecado a sus ojos. La espada de la Justicia iba a despertar ahora contra este querido Hijo. Fue traicionado por un beso en manos de sus enemigos, y apresurado a la sala de juicios de un tribunal terrenal, para ser burlado y condenado a muerte por los mortales pecadores. Allí el glorioso Hijo de Dios fue "herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades". Soportó el insulto, la burla y el abuso vergonzoso, hasta que su "rostro fue más estropeado que el de cualquier hombre, y su forma más que la de los hijos de los hombres."

[7] ¿Quién puede comprender el amor que aquí se manifestó? La hueste angélica contempló con asombro y con dolor a Aquel que había sido la majestad del Cielo, y que había llevado la corona de gloria, llevando ahora la corona de espinas, víctima sangrante de la ira de una turba enfurecida, encendida hasta la locura por la ira de Satanás. Contemplad al paciente que sufre. Sobre su cabeza está la corona de espinas. Su sangre vital fluye de cada vena lacerada. Todo esto como consecuencia del pecado. Nada podría haber inducido a Cristo a dejar su honor y majestad en el Cielo, y venir a un mundo pecador, para ser descuidado, despreciado y rechazado, por aquellos que vino a salvar, y finalmente para sufrir en la cruz, sino el amor eterno y redentor, que siempre permanecerá como un misterio.

Maravíllate, cielo, y asómbrate, tierra. Contempla al opresor y al oprimido. Una inmensa multitud rodea al Salvador del mundo. Las burlas y las mofas se mezclan con los groseros juramentos de la blasfemia. Su humilde nacimiento y su humilde vida son comentados por miserables insensibles. Su pretensión de ser el Hijo de Dios es ridiculizada por los sumos sacerdotes y los ancianos, y la burla vulgar y el escarnio insultante pasan de boca en boca. Satanás tenía pleno control de las mentes de sus siervos. Para hacerlo eficazmente, comienza con

los jefes de los sacerdotes y los ancianos, y los imbuye de un frenesí religioso. Están actuando con el mismo espíritu satánico que mueve a los más viles y endurecidos miserables. Hay una armonía corrupta en los sentimientos de todos, desde los sacerdotes y ancianos hipócritas hasta los más degradados. Cristo, el precioso Hijo de Dios, fue conducido, y la cruz fue puesta sobre sus hombros. A cada paso quedaba la sangre que manaba de sus heridas. Abarrotado por una inmensa multitud de enemigos acérrimos y espectadores insensibles, es conducido a la crucifixión. "Fue oprimido y afligido, pero no abrió la boca. Fue llevado como un cordero al matadero, y como una oveja ante sus trasquiladores está muda, así no abrió su boca".

Sus discípulos, apenados, le siguen a distancia, detrás de la [8] multitud asesina. Está clavado en la cruz y cuelga suspendido entre el cielo y la tierra. Sus corazones estallan de angustia mientras su amado Maestro sufre como un criminal. Cerca de la cruz son los sacerdotes y ancianos ciegos, intolerantes e infieles, que se burlan, se mofan y se mofan: "Tú que destruyes el templo y lo construyes en tres días, sálvate a ti mismo. Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz". "Salvó a otros, a sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y le creeremos. Confió en Dios, que lo libere ahora, si lo quiere; porque dijo: Yo soy el Hijo de Dios".

Ni una sola palabra respondió Jesús a todo esto. Mientras los clavos le atravesaban las manos, y las gotas de sudor de la agonía salían de sus poros, de los labios pálidos y temblorosos del inocente sufriente salió una oración de amor perdonadora por sus asesinatos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Todo el cielo contemplaba con profundo interés la escena. El glorioso Redentor de un mundo perdido estaba sufriendo el castigo de las transgresiones del hombre a la ley del Padre. Estaba a punto de rescatar a su pueblo con su propia sangre. Estaba pagando las demandas de la santa ley de Dios. Este era el medio por el cual se iba a poner fin al pecado y a Satanás, y se iba a vencer a su ejército.

¿Hubo alguna vez un sufrimiento y una pena como la que soportó el Salvador moribundo? Fue el sentido del desagrado de sus Padres lo que hizo su copa tan amarga. No fue el sufrimiento corporal lo que acabó tan pronto con la vida de Cristo en la cruz. Fue el peso aplastante de los pecados del mundo, y un sentido de la ira de su Padre.

La gloria y la presencia que lo sostenía se habían retirado de él, y la desesperación presionaba su aplastante peso de oscuridad sobre él, y forzaba de sus labios pálidos y temblorosos el grito angustioso. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Jesús se unió al Padre para hacer el mundo. En medio de los sufrimientos agónicos del Hijo de Dios, sólo los hombres ciegos e ilusos permanecen insensibles. Los jefes de los sacerdotes y los ancianos insultan al querido Hijo de Dios en su agonía. Sin embargo, la naturaleza inanimada gime en simpatía con su Autor sangrante y moribundo. La tierra tiembla. El sol se niega a contemplar la escena. Los cielos se ennegrecen. Los ángeles han sido testigos de los sufrimientos del querido Hijo de Dios, hasta que no pueden mirar más, y esconden sus rostros del horrible espectáculo. ¡Cristo se está muriendo! Está desesperado. La sonrisa de aprobación de su Padre se ha retirado, y no se permite a los ángeles iluminar la penumbra de la terrible hora.

[10] Incluso las dudas asaltaron al Hijo de Dios moribundo. No podía ver a través de los portales de la tumba. La brillante esperanza no

le presentaba su salida del sepulcro como vencedor y la aceptación de su sacrificio por parte de su Padre. El pecado del mundo, con toda su terribilidad, fue sentido al máximo por el Hijo de Dios. El disgusto del Padre por el pecado, y su pena, que era la muerte, era todo lo que podía percibir a través de esta sorprendente oscuridad. Tuvo la tentación de temer que el pecado fuera tan ofensivo a los ojos de su Padre, que no pudiera reconciliarse con su Hijo. La feroz tentación de que su propio Padre le había abandonado para siempre provocó aquel grito desgarrador desde la cruz. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Cristo sintió lo mismo que sentirán los pecadores cuando se derramen sobre ellos las copas de la ira de Dios. Una negra desesperación, como el manto de la muerte, se cernirá sobre sus almas culpables, y entonces se darán cuenta, en toda su extensión, de la pecaminosidad del pecado. La salvación ha sido comprada para ellos por el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios. Podría ser suya si la aceptaran de buena gana, con gusto, pero nadie está obligado a rendir obediencia a la ley de Dios. Si rechazan el beneficio celestial, si eligen los placeres y el engaño del pecado, pueden tener su elección, y al final recibirán su paga, que es la ira de Dios y la muerte eterna.

La fe y la esperanza tiemblan en las agonías expirantes de Cristo, porque Dios ha retirado la seguridad que hasta ahora había dado a su amado Hijo de su aprobación y aceptación. El Redentor del mundo

se apoya ahora en las evidencias que hasta entonces lo habían fortalecido, de que su Padre aceptaba sus labores y se complacía en su trabajo. En su agonía, al entregar su preciosa vida, sólo tiene que confiar por fe en Aquel a quien siempre ha tenido la alegría de obedecer. No es animado con claros y brillantes rayos de esperanza ni a la derecha ni a la izquierda. Todo está envuelto en una oscuridad opresiva. En medio de la horrible oscuridad que siente la naturaleza simpatizante, el Redentor vacía la misteriosa copa hasta sus heces. Negada incluso la brillante esperanza y la confianza en el triunfo que será suyo en el futuro, clama con fuerte voz: "Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu". Conoce el carácter de su Padre, su justicia, su misericordia y su gran amor. En la sumisión se deja caer en las manos de su Padre. En medio de las convulsiones de la naturaleza, los espectadores asombrados escuchan las palabras agonizantes del Hombre del Calvario.

La naturaleza se compadeció del sufrimiento de su Autor. La tierra agitada [11], las rocas desgarradas y la terrible oscuridad, proclamaban que fue el Hijo de Dios el que murió. Hubo un gran terremoto. El velo del templo se rasgó en dos. El terror se apoderó de los verdugos y de los espectadores al contemplar el sol envuelto en las tinieblas, y al sentir que la tierra temblaba bajo ellos, y al ver y oír el desgarramiento de las rocas. Las burlas y mofas de los sumos sacerdotes y de los ancianos se acallaron cuando Cristo encomendó su espíritu a las manos de su Padre. La asombrada multitud comenzó a retirarse y a caminar a tientas en la oscuridad hacia la ciudad. Se golpeaban el pecho mientras iban, y aterrorizados, hablando apenas por encima de un susurro, decían entre ellos: "Es un inocente el que ha sido asesinado. ¿Y si, en efecto, es, como afirmó, el Hijo de Dios?"

Jesús no entregó su vida hasta haber cumplido la obra [12] que había venido a hacer, y exclamó al despedirse: "Es está acabado". Satanás entonces fue derrotado. Supo que su reino estaba perdido. Los ángeles se regocijaron cuando se pronunciaron las palabras: "Consumado es". El gran plan de redención, que dependía de la muerte de Cristo, se había llevado a cabo hasta ahora. Y hubo alegría en el cielo porque los hijos de Adán podían, mediante una vida de obediencia, ser finalmente exaltados al trono de Dios. ¡Oh, qué amor! Qué amor tan asombroso el que trajo al Hijo de Dios a la tierra para ser hecho pecado por nosotros, para que pudiéramos ser reconciliados con Dios, y elevados a una vida con él en sus

mansiones en la gloria. ¡Oh, qué es el hombre, para que se pague tal precio por su redención!

Cuando los hombres y las mujeres puedan comprender más plenamente la magnitud del gran sacrificio realizado por la Majestad del Cielo al morir en lugar del hombre, entonces se magnificará el plan de salvación, y las reflexiones sobre el Calvario despertarán emociones tiernas, sagradas y vivas en el corazón del cristiano. Las alabanzas a Dios y al Cordero estarán en sus corazones y en sus labios. El orgullo y la autoestima no pueden florecer en el corazón que mantiene frescas en la memoria las escenas del Calvario. Este mundo parecerá de poco valor para aquellos que aprecian el costo de la redención del hombre. Todas las riquezas del mundo no tienen valor suficiente para redimir un alma que perece. ¿Quién puede medir el amor que Cristo sintió por un mundo perdido, mientras colgaba en la cruz, sufriendo por los pecados de los hombres culpables? Este amor era inconmensurable. Era infinito.

Su amor, lo ha demostrado, era más fuerte que la muerte. Estaba realizando la salvación del hombre; y aunque tuvo el más temible conflicto con los poderes de las tinieblas, en medio de todo ello, su amor no disminuyó, sino que se hizo más y más fuerte. Soportó los ocultamientos del rostro de su Padre, hasta que fue llevado a exclamar, en la amargura de su alma: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Su brazo trajo la salvación. El precio se pagó para comprar la redención del hombre, cuando, en la última lucha del alma, se pronunciaron las benditas palabras, que parecían resonar en toda la creación: "Está consumado."

[13] Cuántos que profesan ser cristianos se entusiasman por alguna empresa mundana. Su interés se despierta por nuevas y excitantes diversiones, mientras que son fríos de corazón, y parecen congelados en la causa de Dios. Pero aquí hay un tema, pobre formalista, que es de suficiente importancia para excitarte. Aquí están en juego intereses eternos. Estar tranquilo y sin pasión en este tema es incluso pecaminoso. Las escenas del Calvario exigen las más profundas emociones. Sobre este tema serás excusable si manifiestas entusiasmo. El hecho de que Cristo, tan excelente, tan inocente, sufriera una muerte tan dolorosa, cargando con el peso de los pecados del mundo, nuestros pensamientos e imaginaciones más extendidos nunca podrán alcanzar plenamente, y permitirnos comprender la longitud, la amplitud, la luz, la profundidad, de un amor tan asombroso. La contemplación de las profundidades incomparables

del amor del Salvador, visto por la fe, llena y absorbe la mente, toca y derrite el alma, refina y eleva los afectos, y transforma completamente todo el carácter. El lenguaje del apóstol es: "Me propongo no conocer nada entre vosotros, sino a Jesucristo y a éste crucificado". Podemos mirar hacia el Calvario, y exclamar también: "Dios me libre de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo."

" Eqpukf gtcpf q"gnlpo gpuq"equq"f g"nuestra salvación[14], ¿cuál será el destino de aquellos que descuidan tan gran salvación? ¿Cuál será el castigo de aquellos que profesan ser seguidores de Cristo, pero no se inclinan en humilde obediencia a las demandas "de su Redentor, y que no toman la cruz, como humildes discípulos de Cristo, y le siguen desde el pesebre hasta el Calvario? El que no se reúne conmigo, dice Cristo, se dispersa.

Algunos tienen una visión limitada de la expiación. Piensan que Cristo sufrió sólo una pequeña porción del castigo de la ley de Dios, y que mientras la ira de Dios fue sentida por su amado Hijo, suponen que tuvo, a través de todos sus dolorosos sufrimientos, una evidencia del amor y la aceptación de su Padre, y que los portales de la tumba ante él fueron iluminados con la brillante esperanza de que tenía la evidencia permanente de su gloria futura. Aquí hay un gran error. La angustia más aguda de Cristo fue la sensación de desagrado de su Padre. Su agonía mental, debido a esto, fue de tal intensidad que el hombre no puede tener más que una débil concepción de ella.

La historia de la condescendencia, la humillación y el sacrificio de nuestro divino Señor no conmueve el alma de muchos, ni afecta la vida, ni despierta un interés más profundo, que leer la muerte de los mártires de Jesús. Muchos han sufrido la muerte por medio de lentos suplicios. Otros han sufrido la muerte por crucifixión. ¿En qué difiere la muerte del querido Hijo de Dios de éstas? Es cierto que murió en la cruz una muerte muy cruel; sin embargo, otros, por su causa querida, han sufrido igualmente, en lo que se refiere a la tortura corporal. ¿Por qué el sufrimiento de Cristo fue más terrible que el de otras personas que han dado su vida por él? Si los sufrimientos de Cristo consistieran sólo en el dolor físico, entonces su muerte no fue más dolorosa que la de algunos de los mártires. El dolor corporal no fue más que un elemento en la agonía del querido Hijo de Dios. Los pecados del mundo estaban sobre él, también el sentido de ira de su Padre

al sufrir el castigo de la ley. Fueron éstas las que aplastaron su alma divina. Fue el ocultamiento del rostro de su Padre, la sensación de que su propio Padre querido lo había abandonado, lo que trajo la desesperación. La separación que el pecado hace entre Dios y el hombre fue plenamente comprendida y vivamente sentida por el inocente y sufriente Hombre del Calvario. Estaba oprimido por los poderes de las tinieblas. No tenía ni un solo rayo de luz para iluminar el futuro. Y estaba luchando con el poder de Satanás, que declaraba que Cristo estaba en sus manos, que era superior en fuerza al Hijo de Dios, que Dios había repudiado a su Hijo, y que ya no estaba en el favor de Dios más que él. Si en verdad seguía teniendo el favor de Dios, ¿por qué tenía que morir? Dios podía salvarle de la muerte. Cristo no cedió en lo más mínimo al enemigo atormentador, ni siquiera en su más amarga angustia. Legiones de ángeles malvados rodeaban al Hijo de Dios. Sin embargo, a los santos ángeles se les ordenó que no rompieran sus filas y entraran en conflicto con el injurioso enemigo. A los ángeles celestiales no se les permitió atender el espíritu angustiado del Hijo de Dios. Fue en esta terrible hora de tinieblas, con el rostro de su Padre oculto, con legiones de ángeles malignos cubriéndole, con los pecados del mundo sobre él, cuando las palabras fueron arrancadas de sus labios: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

La muerte de los mártires no puede compararse con la agonía sufrida por el Hijo de Dios. Y deberíamos tener una visión más amplia y profunda de la vida, los sufrimientos y la muerte del querido Hijo de Dios. Cuando el sacrificio expiatorio se considere correctamente, la salvación de las almas se sentirá de un valor infinito. En comparación con la empresa de la vida eterna, cualquier otra se hunde en la insignificancia. Pero cómo se han despreciado los consejos de este amoroso Salvador. La devoción del corazón ha sido hacia el mundo, y los intereses egoístas han cerrado la puerta contra el Hijo de Dios. La hipocresía hueca y el orgullo, el egoísmo y la ganancia, la envidia, la malicia y la pasión, han limado de tal manera los corazones de muchos que Cristo no puede tener cabida.

Era eternamente rico "pero por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos". Estaba revestido de luz y gloria, rodeado de huestes de ángeles celestiales, que esperaban ejecutar sus órdenes. Sin embargo, se

revistió de nuestra naturaleza y vino a morar entre los mortales pecadores. Aquí hay un amor que ningún lenguaje puede expresar. Sobrepasa el conocimiento. Grande es el misterio de la piedad.

Las almas deben ser animadas, elevadas, embelesadas con el tema del amor del Padre y del Hijo al hombre. Y los seguidores de Cristo deberían aprender aquí a reflejar en cierta medida ese amor misterioso, preparándose para unirse a todos los redimidos en atribuir "La bendición y el honor y la gloria y el poder al que está sentado en el trono, y al Cordero por los siglos de los siglos".

[16]

Ellen G. White